

EDITORIAL
UNAE

Señorita Lázaro

Melanie Márquez
Adams



Señorita Lázaro

Melanie Márquez
Adams

CDD: 860E

SEÑORITA LÁZARO

© Editorial UNAE

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

ISBN: 978-9942-624-62-8

Libro evaluado por pares doble ciegos

Primera edición digital: abril, 2025

Colección Mary Corylé



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
EDUCACIÓN



**Universidad Nacional de
Educación del Ecuador (UNAE)**

Rebeca Castellanos Gómez

Rectora

Graciela de la Caridad Urías

Arbolaez

Vicerrectora de Formación

Alexander Mansutti Rodríguez

**Vicerrector de Investigación,
Innovación y Posgrado**

**Convocatoria para Publicaciones
Mary Corylé 2024**

Melanie Márquez Adams

Autora

Abril Altamirano

Guillermo Gómezjurado

Andrea Crespo

Jurado

**Dirección de Publicaciones y
Fomento Editorial**

Guillermo Morán Cadena

Director

Tatiana León Alberca

Especialista de publicaciones

Anaela Alvarado Espinoza

Diseñadora y diagramadora

Antonio Bermeo Cabrera

Ilustrador

Leonardo López Verdugo

Corrector de estilo

editorial@unae.edu.ec

www.unae.edu.ec

Teléfono: (593) (7) 370 1200

Parroquia Javier Loyola

(Chuquipata)

Azogues, Ecuador

Contenido

¿Soy aterradora?	11
Fuimos pájaros	13
Ofrendas	17
Romancero	21
Creencias	23
Poción para encoger	25
Tradicción	27
Divertido grito	31
Bienvenida al bosque	33
Muerde la manzana	35
Había una vez	37
Migas de Ariadna	39
Cien años	41
Canto de las musas	43
Fábula	45
Embrujo	47
Casta cazadora	49
Espejo de Atenea	51
Fábula	53
Al despertar	55

Pronto, pronto la carne	57
Descenso de Perséfone	59
Manadas	69
Presencia	79
Mitología lunar	95
Canto de las hadas	103
Efecto Deméter	107
Ciclo lunar	109
Elegía	111
De las cenizas me levanto	113
Libro de horas	115
Canto I	117
Señorita Lázaro	119
Canto II	121
Elogio a la niña virtuosa	123
Canto III	125
Seducción	127
Canto IV	129
Manual de comportamiento	131
Canto V	133
Urbanidad	135
Canto VI	137
Buenas costumbres	139
Canto VII	141
Devocionario	143



*Morir es un arte, como todo lo demás.
Yo lo hago excepcionalmente bien*

Sylvia Plath
“Señorita Lázaro”

¿Soy aterradora?

*Soy como una pequeña criatura tragada por
un monstruo
y ese monstruo percibe mis minúsculos movimientos en
su interior*

Shirley Jackson
La maldición de Hill House



> Fuimos pájaros <

Providence, Rhode Island, 1888. Al principio de su primer matrimonio, desesperada por superar la depresión, la escritora Charlotte Perkins Gilman abandonó a su esposo. Particularmente escandalosa en la prensa de la época fue la parte en la que alentó a su mejor amiga a casarse con su exmarido y convertirse en madre de su hija. Los tres siguieron siendo amigos.



Una masa tibia de piel caramelo. Ojos castaños, mejillas rosadas, dos brazos. Dos piernas y veinte dedos. Confirмо que está completo este bebé que ríe sobre mi cadera sin emitir ningún sonido. Gira la cabeza. Sigo su mirada y me encuentro con más bebés. Cuatro, tal vez cinco. Todas las pequeñas piernas cuelgan de las sillas formando un círculo en medio de esta sala fría y diminuta.

Un papel tapiz amarillo cubre las paredes que me encierran. Las figuras ovaladas del estampado son como rostros que se multiplican sin parar. Bajo mis pies, una alfombra raída. Quizás una vez fue

blanca. Cuento mis brazos, solo dos como siempre. No serán suficientes para atrapar a los bebés cuando caigan —uno a uno— de las sillas.

Un teléfono suena. Es un timbre chillón y estremecedor. De esos que sonaban cuando mis padres eran niños. De los que hacían correr a mi madre y cruzar sus dedos deseando que fuera el hijo del vecino. De esos que oprimían el pecho de mi abuela.

Montado como un parásito sobre la pared, el teléfono invade los rostros del papel tapiz. Es rojo, con un cordón largo muy largo que se deja torcer y torcer.

Acerco el auricular a mi oído. Silencio.

Entonces me doy cuenta de que en mi cadera ya no está el bebé. Descubro que las sillas también han sido abandonadas y llamo y llamo a los bebés, y aunque los escucho llorar desde algún sitio lejano, ahora mismo me parece que no puede existir ningún otro lugar. Solo existimos yo, cuatro o tal vez cinco sillas, los rostros que me miran y el teléfono con el cordón rojo que se tuerce y se tuerce.

Una mujer empieza a cantar desde el otro lado de la línea. Su voz es ligera y ansiosa como un pájaro que ha caído del nido. Quiero escucharla y escucharla, pero me aturde el llanto de los bebés y los rostros que se multiplican, los rostros que no paran de mirarme y lo único que yo quiero es escuchar a

la mujer con voz de pájaro. Presiento que sería terrible dejar de escucharla. El cordón rojo se tuerce y se tuerce y los bebés siguen llorando desde un sitio que no puedo ver. Un espacio al que no puedo llegar.

> Ofrendas <

North Brooklyn, Maine, 1952. En una carta a su editor, como respuesta a una pregunta acerca de la fuente de inspiración para su obra de literatura infantil, La telaraña de Charlotte, E. B. White escribe: “Una vez que comienzas a observar a las arañas, no te da tiempo para nada más —el mundo está repleto de ellas—. No las encuentro asquerosas o repulsivas y es una lástima que los niños sean corrompidos por sus mayores en esta campaña de odio. Las arañas son criaturas hábiles, útiles y graciosas —tan solo en circunstancias excepcionales alguien ha llegado a sufrir por causa de una araña—”.



Me las encuentro en la ducha —patitas gráciles todas ellas—. Bailarinas esbeltas y etéreas que giran y bailan en punta. Por su propio bien, las empujo con delicadeza hacia un rincón. Era más fácil protegerlas de las aguas rápidas que emanan de mi cuerpo cuando eran unas pocas. Ahora las arañas son casi una colonia y sus hilos de seda cuelgan de todas las

esquinas como si fuesen columpios poseídos por niños fantasmas.

Podría usar la ducha de mi novio, pero hay un olor allí. La clase de olor que se impregna en el baño luego de una noche vacía. Como ese que dejó lo que expulsé de mí aquella tarde cuando regresamos de la clínica. Él dice que es solo mi imaginación, que limpió y restregó. Que todo quedó impecable. Sin rastro de olor. Esterilizado.

No para mí.

Cuidando de no matar a nadie, muevo champú, acondicionador y jabón a mi esquina. Entonces recuerdo un artículo que leí mientras esperaba en la clínica: una doctora noruega planeaba construir un santuario de arañas. Froto mi cabeza rebosante de espuma e imagino a mis pequeñas amigas habitando un silencioso castillo de cristal —sus tejidos blancos en diseños complicados alzándose hacia el cielo—. Prometo visitarlas. Les llevaré ofrendas y les contaré mis secretos. Las palabras saldrán de mí y quedarán atrapadas en las redes de seda para que puedan ser devoradas despacio. Con gusto.

Me enjuago sin apuro. Dejo que el agua se lo lleve todo y me pregunto cuánto tiempo le tomará a la doctora terminar el santuario. Quizás deba comenzar a ahorrar —conseguir otro trabajo—.

Absorta en mi fantasía, no me doy cuenta del terror que ocurre a mis pies y siento las pataditas demasiado tarde. Mi cuerpo un tsunami. La colonia entera camino a su muerte. Ya no veo bailarinas, sino criaturas que se retuercen sin ningún tipo de gracia. Apunto la ducha hacia ellas y observo con fascinación cómo se las traga el desagüe. Los ojos que miran desde el remolino me regresan imágenes infinitas de un monstruo.

> Romancero <

A finales del siglo XVII, la dramaturga inglesa Aphra Behn escribió una obra de teatro sobre un hombre que —obsesionado con la luna— viajaba constantemente allí en su imaginación. Exactamente 282 años después, Neil Armstrong y Buzz Aldrin hicieron de aquel sueño una realidad.



Se percató de mí una noche, sentado en su jardín con una botella de licor, harto del ruido de la televisión, de los niños. Yo estaba llena y mi luz hizo que mirase arriba al cielo negro.

¿Por qué me vio esa noche? Yo no era nueva en su mundo.

Tal vez, simplemente, ese era el momento en que él necesitaba algo. Por eso buscó y por eso tomó.

Le parecí demasiado grande como para robarme entera y decidió llevarme en pedazos. Una vez cerca, se sorprendió al descubrir que mis rayos eran fríos. Sonrió. Debió resultar un alivio para la oscuridad que lo comía por dentro. Tomó el primer pedazo con un cuchillo. Entonces se dio cuenta de mi

suavidad y arrancó el resto con las manos. “Todo acabará pronto”, decía una y otra vez como si estuviera rezando.

Es cierto que debería estar acostumbrada a esta historia: desaparezco y reaparezco en el mismo instante de cielo. Si le dijera que no es el primero ni el único en intentar robarme, ¿desistiría o me encontraría aún más irresistible?

> Creencias <

Cottingley, Inglaterra, 1917. Dos niñas muestran, primero a sus familiares y luego al mundo entero, una serie de fotografías en las que posan junto a las hadas que habitan al pie de un arroyo. Para Sir Arthur Conan Doyle, estas fotografías representaban la ansiada prueba de que los espíritus existen.



Construimos la casa con pequeñas raíces y musgo. Cubrimos algunos puñados de tierra con grama y esparcimos pétalos para que tengan cobijas y almohadas. Desde el jardín podemos a ver a mamá en la cocina. Pronto nos dirá que es la hora de cenar.

“¿Cuándo van a venir?”, pregunta mi hermana.

“Creo que esta misma noche”, contesto. “Anda, ayúdame a buscar piedras redondas para hacerles un camino”.

Descubrí a las hadas en la escuela. No en el salón de clase, sino en el recreo cuando Lucy me enseñó un libro que le regaló su papá. Las páginas brillaban con ilustraciones de unas criaturas que me parecieron muy extrañas: alas demasiado grandes para unos

cuerpos diminutos. Lo primero que pensé fue que apenas bastaría un manotazo para destrozarlas.

No aparecía ninguna casa en las ilustraciones y por eso decidí construirles una. Mi hermana no hizo muchas preguntas cuando le pedí ayuda. Solo quiso saber si la dejaría jugar con las hadas. Le dije que sí. También si las hadas tenían un papá. Eso no le contesté.

“Voy a poner estas piedras grandes alrededor de la casa para que se sientan protegidas”, me dice.

“Todavía falta el comedor”, le digo, y lo armamos con ramas. “Podemos trocear hojas secas para que sean los platos”.

“¿Cuántos platos ponemos en la mesa?”.

“Solo tres. Como en la nuestra”, respondo sin levantar la mirada. Mi hermana no pregunta nada más.

Mientras esperamos a que mamá nos llame, seguimos pensando en detalles para la casa. Construimos un hogar para una familia en la que quizás ninguna de las dos creamos.

> Poción para encoger <

En las décadas de 1940 y 1950, Frances Glessner Lee recreó escenas del crimen del tamaño de una casa de muñecas como herramientas de entrenamiento para policías y detectives. La mayoría de las personas muertas en sus dioramas son mujeres asesinadas en sus propios hogares.



Lucy adora las cosas pequeñas. Tazas, muñecas, flores. Todo en tamaño minúsculo para atesorarlo en su casa de muñecas.

Le gustaría que su padre fuese una miniatura también. Entonces podría ser uno más de los habitantes de la pequeña casa. Para merendar, le daría un garbanzo. Pero su padre nunca se encoge. Lo único que hace es beber y mirar. Beber y tocar. Entonces es ella la que se hace pequeñita. Cada vez más mínima, Lucy. Hasta desaparecer.

> Tradición <

La han decapitado dos veces, le han cortado el brazo derecho una vez y la han manchado de pintura demasiadas veces. Ningún monumento público ha sufrido un abuso tan constante como la estatua de La Sirenita de Hans Christian Andersen, encaramada sobre una gran roca en un puerto de Copenhague.



Los olemos desde las rocas. Huelen a eso que los humanos llaman sudor —algo que no existe en nuestro mundo y de lo cual mis hermanas y yo sabemos por las historias que nos cuentan los mayores—. Es el líquido que ilumina la piel de los hombres de los barcos. Contiene sal, pero no como la del mar que nos rodea, bendecida por la energía de nuestros dioses y de los seres que habitan las profundidades. La sal de los hombres proviene de la oscuridad de Hades.

Su olor nos recuerda al que expelen nuestras criaturas cuando mueren sobre la arena calcinados bajo el sol. Los hombres huelen mal porque son engañosos, nos dicen. Cuando pregunto qué quieren decir con engañosos, los mayores contestan que el

día que nos acerquemos demasiado a los barcos, lo sabremos.

Además de oler a los hombres, mis hermanas y yo también podemos oírlos a gran distancia. Somos sensibles a sus voces igual que ellos a las nuestras. Pero mientras mi voz y la de mis hermanas se desliza suavemente sobre las olas, la de ellos se asemeja al rugido de sus embarcaciones. Nos lastima.

Aprendemos que, a través de los siglos, los hombres de los barcos han esparcido historias acerca de nuestra especie. Historias sobre los peligros de nuestro canto. De nuestros cuerpos. Locura y desgracia —eso es lo que parecemos causar en todos sus relatos—. Me pregunto si todo eso es verdad. Tal vez no seamos tan diferentes como han intentado hacernos creer los mayores. Pienso que esto es posible porque, así como los hombres no pueden resistirse a nuestro canto, nosotras tampoco podemos resistirnos a contemplar desde lejos la piel que cubre sus cuerpos. Parece tan deliciosamente tersa y blanda, mucho más que la carne de los peces. Nos hechiza su fragilidad. Su resplandor.

Pensándolo mejor, hasta ahora sí que ha existido una gran diferencia entre nosotras y ellos, porque mientras nos hemos conformado solo con admirar su piel luminosa, ellos siempre necesitan tocar. Poseer. Y quizás haya sido exactamente así por mucho tiempo. Quizás es lo que se ha esperado de

nosotras. De ellos. Pero yo no estoy tan segura. No sé si puedo conformarme solo con mirarlos. Si soy completamente honesta, tal vez sí que puedo, pero el problema es que no quiero.

Lo converso con mis hermanas. No es nada fácil romper con la tradición, y al principio la mayoría se resiste. Me toma varias noches convencerlas, pero la curiosidad y fascinación que sentimos por la piel tersa de los hombres puede más que cualquier duda, cualquier regla.

A partir de ese momento y cada noche que sigue esperamos con paciencia sobre las rocas, hasta que por fin llega a nosotras una embarcación pequeña. Es lo que había propuesto a mis hermanas: si logramos atraer tan solo unos cuantos, seguro que no podrán con nosotras. Enseguida nos ponemos a cantar mientras atravesamos con calma la distancia que nos separa de los seres que habitan el barco. Vemos a uno de ellos asomarse por la borda casi de inmediato. Pronto son dos, luego tres. Los ojos hambrientos buscan ansiosos hasta que nos encuentran. Alzamos nuestra voz. El mar y sus criaturas se agitan más y más con nuestro canto. La embarcación vibra. Los hombres nos deleitan con el brillo tenue y plateado de su piel. Me pregunto si destellan en la anticipación de saber que muy pronto serán parte de nosotras.

Divertido grito

*Hablo demasiado porque me ha hecho muy
miserable
lo que estás callando*

Djuna Barnes
El bosque de la noche



› Bienvenida al bosque ‹

Una bandada de cuervos, un cuchillo, un altar.
La sombra de la canasta nos arrulla.

> Muerde la manzana <

En el huerto de la memoria doy mordiscos a cada instante. Mi infancia, una alucinación. Colecciono huesos en frascos y lloro a la niña que fui.

En mi nuevo bosque, el aire es eucalipto fresco, ardiente. Las mariposas son zafiros grandes como los sueños.

> **Había una vez** <

Me despierto sobre tierra fría, mi falda llena de agujas. ¿Y estos pinos? ¿Esta canasta? ¿Quién es esa mujer junto al fuego?

Ella se acerca para ayudarme. Su aliento de musgo reconforta. “Tengo hambre”, le digo, y ella solo me puede ofrecer un nido de mentiras. Su voz, un lago oscuro.

“Había una vez”, me dice y el agua se agita. Agua negra.

> Migas de Ariadna <

En algún lugar del bosque olvidamos a nuestras hermanas. Debemos regresar por ellas, recoger sus ropas, llorar junto a los zapatos abandonados. Fue un error pensarlas como niñas perdidas; algo más que no podemos salvar.

> Cien años <

No voy a arrullarte, no insistas. Todo lo que tengo para dar es un pan mohoso. Una canasta rota. Yo también fui niña, pero me despertaron con un beso, un príncipe, un vestido blanco. Prefiero guardar silencio: los arrullos no son más que trozos de vidrio. Mejor cierra los ojos y pide dormir cien años. Prometo rodear tus manos heladas con las mías. Duérmete, ya es hora. El sueño oculta los cuerpos que se parten a nuestro alrededor.

> Canto de las musas <

 Mi cuento tiene hermanas. Sus risas abrigan mis
noches en esta habitación de piedra negra que ancla
nuestros sueños. En mi cuento también hay una
puerta. Pero allí siempre está el lobo, mirándonos.

> **Fábula** <

 Mi historia empieza en la garganta. Celda roja.
Torre. Escalera. Mi historia nos lleva lejos de aquí.
Al otro lado del puente. A un bosque. Donde él no
puede entrar.

> Embrujo <

Lo que tengo que contarte no está en los libros ni en las canciones. Lo que tengo que contarte es una sopa negra para tus labios. Remuévela bien y —en el fondo— encontrarás hojas, tierra, huesos. Una vez, en algún reino lejano, ellas fueron como tú. Primavera en los ojos dorados del lobo.

> **Casta cazadora** <

Las criaturas del bosque se esconden de un terror conocido, una sombra que amenaza silenciar sus historias. La mano que deshilvana el corpiño no es siempre la que permite que te cosas de nuevo. Yo también tengo una flecha apuntada hacia el cielo. Yo también abriré el vientre de la gran oscuridad.

> Espejo de Atenea <

Tal vez ella robó tu cuento. Tal vez el bosque le pertenece. Ella, puñal de cristal. Tú, la niña de piel fría, labios rojos. La escuchas entre los árboles y la encuentras sobre un altar de huesos. Sobre una tierra de sangre. Hojas pálidas brotan de las fisuras y te arrodillas para besar sus pies. Olvidas que una vez fuiste un pájaro.

> **Fábula** <

Una niña despierta atrapada en la boca del viento. Sus manos heladas se niegan a inventar un cuerpo que la salve. Cree necesitar al lobo para encontrarse, para abrir la puerta. El llanto de los cuervos es más fuerte. La historia de la niña también.

> Al despertar <

Jamás nos contaron de la mujer fuerte y, sin embargo, hoy nuestros pies abren el camino. Nuestras propias manos nos liberan de la canasta. Jamás nos contaron de la mujer fuerte, pero hoy abandonamos el escondite. Llevamos pan y truenos a nuestro bosque. Hoy caminamos juntas. Nuestro ritmo es firme. Devastador.

Pronto, pronto la carne

*Palabra tras palabra,
el lenguaje de las mujeres muchas veces comienza
con un susurro*

Terry Tempest Williams
Cuando las mujeres fueron pájaros



> Descenso de Perséfone <

El principio es una puerta azul en un segundo piso. Apartamento veintiuno. Una administradora que camina frente a nosotros mostrando las raíces de su pelo tinturado. Bajo nuestros pies, escalones huecos. Armando rodea mi cintura con su brazo. Me besa la frente y sonrío. Entonces lo sé. Viviremos en ese apartamento. No solo porque el veintiuno es su número de la suerte, sino porque así lo ha decidido él. Así como ha decidido que yo tome clases en un *college* y así un día pueda trabajar en una oficina. Quizás en una escuela. Él conseguirá trabajo en un taller y tendrá su propio negocio. Nuestra boda será el veintiuno de algún mes tan pronto podamos ahorrar algo de dinero.

Desde el segundo piso se puede ver el estacionamiento y lo que está al otro lado de la calle: un Taco Bell, una gasolinera y un restaurante de comida china. El sonido de la lluvia es todo lo que se escucha. Lluve mucho y seguirá lloviendo y con el tiempo llegaré a confundir el ruido de las llantas sobre los charcos con el sonido del mar.

La administradora saca un llavero del bolsillo de su bata y un kleenex usado cae al piso. Nadie lo

recoge. Da un par de golpes ligeros a la puerta azul, espera un rato, inserta la llave en el cerrojo y entra. Armando deja de abrazarme y la sigue. Cuando cruzo la puerta, los oigo hablar de los servicios que se deben pagar en adición al alquiler. Me acerco a la cocina y percibo un olor a cloro y mohó, como si la hubiesen limpiado con un trapo sucio. Giro hacia la única fuente de luz natural en todo el apartamento: un balcón pequeño tras dos puertas corredizas de vidrio.

Tiempo después fantasearé con lanzar a Armando contra esas puertas. Imaginaré la explosión en cámara lenta, los trozos de vidrio hundiéndose en su piel con cortes profundos. Precisos.

La administradora enciende y apaga luces camino a la habitación. El cuarto tiene espacio para una cama y poco más. Una ventana pequeña. Demasiado pequeña para que alguien pueda escapar por allí. “La alfombra y las puertas del closet son nuevas”, nos dice. Me pregunto por qué tuvieron que reemplazar las puertas e imagino una constelación de huecos. Todos del tamaño de un puño.

Junto a la habitación, un baño pequeño. Una lámpara fluorescente. Un lavabo diminuto. Me miro al espejo para acomodarme el pelo —a él le gusta que me lo recoja hacia los lados con unos ganchitos—. Cuando levanto la mano izquierda,

el brillo del pequeño diamante me hace parpadear. Todavía no me acostumbro al anillo. Jamás me han gustado las joyas y estoy segura de que se le comenté a Armando alguna vez. Tal vez no me escuchó. Cuando no estoy con él, me gusta girar el anillo para que el diamante quede hacia adentro. Si no lo veo es como si no existiera.

Tiempo después, intentaré devolver el anillo. Explicaré a Armando que no deseo estar comprometida. Él dirá que me lo quede, que seguro cambiaré de opinión. Que recapacitaré. Entonces el pequeño diamante pasará a vivir en el fondo de un cajón, encerrado en la caja de terciopelo. Pero eso será después.

El rostro de Armando aparece en el espejo y dos brazos me rodean. “Este es el lugar perfecto para nosotros”, dice apretando cada vez más fuerte. “¿Te gusta?”.

Pienso en la falta de luz y en la alfombra tóxica y pienso también en que fui yo quien dijo que sí. Nadie me obligó.

Nos mudaremos al apartamento y juntaremos los dos colchones por las noches. En las mañanas nos quedaremos un buen rato bajo las sábanas

escuchando la lluvia a través de la ventana abierta. Nos sentiremos adultos.

Iré al taller luego de mis clases. Haré mis tareas allí mientras Armando termina su trabajo, porque al llegar al apartamento toda mi atención debe ser para él. Leeré y escribiré en una esquina sobre un sillón sucio. El olor será sofocante e intentaré disimular la tos para así evitar que Armando me mire tanto. A veces contendré la respiración.

Llegará el invierno y la oscuridad se apoderará del apartamento y será entonces cuando confesaré a Armando que ya no quiero estar comprometida. No diré que las garras que sujetan el diamante se hunden en mi piel, que me hacen daño, pero sí que ya estoy buscando trabajo y que me mudaré pronto. Él contestará que no hay apuro, que puedo quedarme el tiempo que necesite. Que está seguro de que todo volverá a ser como antes.

Durante una semana, luego de aquella conversación, Armando preparará la cena cada noche. Habrá vino, habrá velas. Insistirá en encargarse de los platos.

Horas después, acostados cada uno en colchones separados, me preguntará: “¿Ya cambiaste de opinión?”.

“Todavía no”, diré para protegerlo de mi certidumbre.

Cuando piense que ya estoy dormida podré sentir sus ojos sobre mí. Su mirada tendrá dientes y yo entenderé que esté molesto porque en realidad voy a estar ocultando algo. Un chico en mi clase de estadística empezará a inquietarme. Eventualmente fantasearé con él y por su mirada sabré que él quiere lo mismo.

Una mañana en la que me estaré cepillando el pelo después de ducharme, el espejo estará tan empañado que casi no podré verme. Abriré la puerta y encontraré a Armando observándome desde el pasillo.

Entonces me preguntará si hay alguien más.

“No, no es eso”, mentiré.

Él arrancará el cepillo de mis manos. Su rabia atravesará mi cuerpo. El cepillo amenazante en su mano. Intentaré pensar en aquellas cosas que se deben decir a una persona para calmarla —no se me ocurrirá nada—. Todo lo que podré decirle es que debo ir a clase.

Armando se quedará en silencio.

Cuando vuelva a decirle sobre mi clase, lanzará el cepillo al suelo. Sujetará mi pelo mojado y lo halará con fuerza y algo me dirá que deberé permanecer quieta, que no deberé ni siquiera mirarlo.

Me atraerá hacia su rostro. “Jamás te haría daño”, dirá como si tuviese piedras ásperas en la boca.

Me sostendrá un rato más y luego de soltarme, acomodará mi pelo. Con las piernas temblando, solo podré concentrarme en el cepillo en el suelo.

Sentiré la presencia de Armando durante todo el día como un fantasma. Sin embargo, luego de mi última clase regresaré al apartamento. Después de todo, pensaré, nadie me obligó a aceptar su propuesta, a decir sí aun cuando Armando había convertido aquel momento en una broma —un anillo y una rosa—, imitando un programa de televisión que él sabía que yo odiaba. Dándome un diamante que él sabía yo no quería usar. Eso no era con lo que yo había soñado, pero fue lo que me ofrecieron. Pensé que no tenía derecho a pedir más y acepté y por eso mereceré lo que pase, porque seré yo la que querrá acostarse con alguien más, porque el único pecado de Armando será amarme con la ferocidad de una estrella que nos consumirá a los dos.

Por la noche escucharé su camioneta aparcar. Un portazo. Me quedaré muy quieta sobre mi colchón pendiente de los pasos secos que golpearán la escalera. Fingiré que leo un libro y él se acostará en su colchón con la ropa del taller. El olor a grasa y gasolina será insoportable, pero no dejaré de apretar mi libro y permaneceré estática por un largo rato.

Entonces caminaré de puntillas, apagaré la luz y me acostaré. Los dos seguiremos despiertos, pero por un largo rato solamente se escuchará la lluvia. Los dos atrapados en un silencio lúgubre. Congelados en un momento en el que nadie jamás ha querido estar.

La voz de Armando por fin romperá el encantamiento con una avalancha de lodo.

“¿Estás dormida?”.

“¿Estás tratando de dormir?”.

“Eres una zorra”.

“Eres una zorra mentirosa”.

“Sé que me estás escuchando”.

Apretaré los ojos con todas mis fuerzas. Contraeré el rostro, el cuerpo, deseando ocupar el menor espacio posible. Su respiración más cerca, cada vez más, hasta sentirla en el cuello. Entonces reirá.

“¿Estás tratando de dormir?”.

“Eres una zorra mentirosa, ¿me escuchas?”.

“Mereces lo que sea que decida hacer contigo”.

Le daré la razón. Pensaré que en realidad merezco eso que seguramente él ya estará pensando.

Ya no podré escuchar ni la lluvia ni el sonido del mar en los charcos. Su respiración será el único sonido en el mundo hasta cuando estalle su puño contra la pared. Entonces me encogeré rogando desaparecer.

“¿No tienes nada que decir?”. Otro puñetazo en la pared.

“¡Contéstame!”.

Más puños contra la pared. Una y otra vez hasta que pierda la cuenta.

Luego se quedará en silencio por un rato. Estaré tan exhausta que comenzaré a dormir de verdad, pero cuando esté a punto de sumergirme, un puñetazo más. El peor de todos.

“¿Estás tratando de dormir?”.

Su voz ya no será la voz de Armando. Será otra cosa.

La siguiente noche pasará lo mismo. Igual la siguiente. Y la siguiente.

De allí en adelante volveré a casa tan pronto salga de clase. Nada de estudiar en la biblioteca, nada de fantasías. Juntaremos los colchones nuevamente y le daré lo que él pida. Lo que él quiera. Desenterraré la caja de terciopelo del cajón y el anillo regresará a mi mano. Las garras afiladas se prenderán enseguida a mi piel.

Pero eso será después, mucho tiempo después, porque ahora mismo es el inicio de la historia. Los dos frente a una puerta azul a punto de empezar el resto de nuestras vidas. La mujer en bata mira

impaciente. Armando me aprieta contra él y se alista a darle una respuesta. La lluvia persiste.

> Manadas <

El empleado de la gasolinera nos advierte del peligro. Un asesino en serie acaba de escapar de una prisión cercana. “No creo que sea buena idea que pasen la noche en la montaña”, nos dice. Tose y se traga lo que arroja su garganta. “Por más de una década ese lugar fue el coto de caza favorito de aquel monstruo. Ojo que ustedes son su especialidad. Muchachos con sus damitas en busca de un buen rato”.

“Mejor guárdate tus cuentos de abuelo y apúrate cobrándonos las cervezas”, contesta Ricardo. Al resto nos cuesta disimular la risa. Andrés intenta calmarnos, pero acaba uniéndose a las carcajadas.

El anciano mueve la cabeza. “Allá ustedes. Solo recuerden, quien ríe al último...”.

Insisto a los chicos. Las noticias, las recomendaciones. No es seguro. Pero ellos, como siempre, descartan mi opinión —nuestra opinión—. Ya, Mariana, no te pongas histérica, dicen, lo que pasa es que ustedes las mujeres no entienden de estas cosas. Entonces nos dejan saber que son ellos los que están a cargo, que nosotras solo debemos disfrutar. Abogan nuestras

protestas subiendo el volumen de la radio y seguimos el camino hacia la montaña. Durante el trayecto no puedo sacarme de la cabeza al hombre de la gasolinera, sus ojos hambrientos, la palabra damitas deslizándose por sus dientes amarillos como miel rancia. El ascenso es lento y retorcido y la oscuridad del túnel nos envuelve. La estática se va apoderando de la música hasta que acaba con ella por completo.

Durante el camino al parque nacional nos burlamos de la historia del viejo. Qué asco acabar así. Pero ya en la montaña, luego de encender el fuego, entre cervezas y alaridos, nuestra risa se va transformando en rabia. “¿Por qué tiene que ser un hombre el villano de la historia?”, pregunta Ricardo. “El monstruo, el psicópata, siempre un hombre. Hollywood es bastante injusto con nosotros”.

“Las mujeres también”, dice Javier dirigiéndose a las chicas. “No entienden que somos incapaces de hacerles daño. No podrán encontrar a nadie mejor o más educado que nosotros. Siempre cumplimos con nuestra palabra: que les entre eso en sus delicadas cabecitas. Con sus quejas y sus marchas lo único que consiguen es molestarnos. ¿No ven que somos las verdaderas víctimas?”.

Las cejas de Andrés se levantan, pero no dice nada. Ante las caras de *shock* de las chicas, les hacemos cariñitos. “No sean amargadas”, dice uno de nosotros. “Es una broma de Javier, ya lo conocen”. Aullamos al cielo escarchado mientras nos bajamos otra ronda de bebidas. La espuma se escurre por nuestras barbillas y trituramos las latas antes de lanzarlas hacia el bosque.

En el colegio las monjas nos enseñaron a ser buenas niñas, a mantenernos castas, modestas. También nos dijeron que debíamos ser sumisas y obedientes. Por eso resultó confuso cuando los chicos empezaron a arrinconarnos en las fiestas, a sobarnos las nalgas. Que no, decíamos. Que paren, les pedíamos. Pero ninguno paró.

Las salchichas revientan al calor de las llamas agitando los espíritus de los animales. La grasa brilla en nuestras manos y las chicas imploran que nos limpiemos antes de tocarlas.

“¿No escucharon?”, les recuerda Ricardo, “según el viejo de la gasolinera vamos a morir esta noche, así que qué más da. No sean quisquillosas”. Todos chocamos los puños, excepto Andrés quien, por algún motivo, se ha puesto igual de fastidioso que las chicas.

“Si de verdad hay un asesino escondido en el bosque”, dice Javier, “va a tener que vérselas con nosotros”.

“¡Aquí te esperamos!”, grita Ricardo a la oscuridad. “No te tenemos miedo”.

Sus manos grasientas empiezan a tocar. Resisto, le digo que no tengo ganas, que estoy preocupada. Pero él no hace caso, lanza un “No te hagas la inocente ahora” y sigue tocando. Digo que no y lo empujo despacio. En la luz siniestra de la fogata, sus ojos reflejan pantanos. Cavernas. Una alarma se enciende y sé que debo rendirme.

Miro hacia el bosque mientras me besa el cuello y desabotona mi blusa. Me pierdo un rato en el susurro del viento chocando con los árboles hasta que un resplandor me hace parpadear. El claro de luna rebota en el cuchillo —el asesino me ve mirarlo y me saluda de lejos—. Sonríe cortésmente.

El crujido de los escalones nos despierta. La puerta de la cabaña se abre muy despacio y de pronto algo siniestro nos contempla. Apretamos los puños y nos alistamos para el cuchillo de carnicero, la sierra eléctrica, el machete. Por eso nos sentimos defraudados cuando es una de las chicas la que grita.

Salimos de la cabaña y nos tropezamos con Amanda. Yace en el suelo, todavía tibia, con una mueca de terror congelada en el rostro. La sangre apenas empieza a reclamar su lugar en la superficie, como si una flor tímida estuviese brotando desde las entrañas de su cuerpo. Una mujer, la primera víctima. ¡Qué predecible! Encima, la más guapa de todas.

“Maldita sea, el asesino anotó un diez”, dice Ricardo. Las chicas voltean a mirarlo espantadas.

Él les ofrece su sonrisa más seductora. “Ya, no sean exageradas. Por su bien, será mejor que se relajen”.

La risa espeluznante que se escucha a lo lejos lanza a las chicas hacia nuestros brazos.

Nos complace que necesiten de nuestra protección.

“No se preocupen, pequeñas”, les dice Javier. “Mantendremos guardia toda la noche. Ustedes son nuestras mujeres y no permitiremos que nadie más las toque”.

Entonces las encerramos en la cabaña y ordenamos que guarden silencio.

Se lanzan el cuerpo unos a otros, moviéndolo a su antojo como si fuese una muñeca de trapo, un títere. Ensucian su melena larga y rubia con el lodo hasta que se cansan y la dejan sobre las raíces de un

roble. Intentamos limpiar la sangre de su rostro, de sus manos. Empezamos a cantar, pero el golpe de los truenos aboga nuestra voz. El resplandor y los rugidos se apoderan del bosque como bestias que se alistan a destruir.

Nos escondemos tras los arbustos, entre las sombras, sin perder de vista la cabaña. Las horas van pasando y no hay señal del monstruo. “No es justo”, dice Javier. “¿Por qué las chicas pueden darse el lujo de quedarse dentro, secas y abrigadas? Ellas felices de la vida y nosotros aquí a la intemperie. Luego vienen con el cuento de la igualdad y no sé qué”.

Andrés empieza con uno de sus sermones, pero los coyotes lo interrumpen. Desde la profundidad del bosque nos regalan sus aullidos. Contestamos al llamado y las dos manadas se alborotan.

La niebla se va asentando y ellos nos piden que bailemos, que sonriamos. Si no sonreímos, no estamos complaciéndolos, nos dicen. Sus bocas traicionan. Sus cuerpos exigen. Los aullidos de los coyotes son cada vez más altos, más insistentes. Desde los árboles nos llega el lamento de un ciervo: el aire se rompe y los alaridos

de victoria se elevan sobre nosotras. El aliento a sangre lo invade todo.

Nos despertamos con la cabeza palpitando y el vómito seco en el rostro. Bostezamos, nos estiramos y reímos soñolientos. Entonces la escuchamos. Una de las chicas está gritando.

“Ha estado gritando durante un buen rato”, dice Andrés.

Afuera de la cabaña, Mariana apunta con su mano pálida hacia los cuerpos que cuelgan de los árboles. Las piernas de las chicas se mecen al viento en un ritmo tenue y sensual como si estuviesen bailando para nosotros. Ahora que parecen ornamentos silenciosos, las sentimos más nuestras que nunca.

Ya solo queda Mariana.

“Voy a morir aquí”, murmura con la mirada perdida. Ricardo comenta que así, con el pelo sucio y alborotado y con lágrimas de rímel atravesando su rostro, casi podría pasar por una zombi sexy.

“Tranquilízate”, le pide Andrés. “Todo va a estar bien. Nosotros te vamos a proteger”.

Pero la boca de Mariana se contrae en una sonrisa. Sus labios partidos se abren y rompen en una carcajada.

“Ustedes... ¿ustedes me van a proteger?”, sigue riéndose. “¿Así como lo hicieron con las otras?”.

“No seas malagradecida”, dice Javier. Pero ella no para de reírse y su risa se siente como mil dagas que se clavan en nuestros oídos. Nuestras mandíbulas se tensan. Nuestros puños se van cerrando.

“No sabes lo que haces. Deja de reírte de nosotros”, le advierte Andrés.

“Son ustedes los que no saben nada”, responde Mariana con firmeza. De verdad piensa que es más inteligente que nosotros.

“¡Cierra la boca!”, rugimos.

“Solo muerta”, nos grita mientras da un salto y echa a correr.

Nos lanzamos hacia ella y conseguimos rasgar su vestido, pero es mucho más ágil que nuestros cuerpos atrofiados por la resaca. Escondidas siempre bajo demasiada ropa, no podíamos adivinar sus curvas.

“No corras hacia el bosque”, grita Andrés. “¡Allí está el asesino!”.

Aunque las ramas se empeñan en detenernos, la risa de Mariana nos guía directamente hacia ella. Si tan solo dejara de reírse de nosotros, quizás podría salvarse. Quizás todos estaríamos a salvo.

El hombre del cuchillo me llama. No lo puedo ver, pero sé que me está llamando. Los chicos ordenan que pare. Que voy directo al peligro, me dicen.

Cuando éramos niñas, no nos enseñaron las cosas que pueden decir los hombres para meterse entre nuestras piernas. Pero ya no. Ya no les creo nada.

El resplandor me guía hacia el fondo entre los árboles —un faro que ilumina el camino a casa—. Ellos siguen dándome órdenes y yo no paro de correr. Corro hasta ya no sentir las piedras clavándose en mis pies. Corro hasta cuando ya no duele respirar.

› **Presencia** ‹

Rocío les cuenta sobre la chica desaparecida el día en que llegan a Monteblanco. Enseguida piensa que tal vez debió esperar a que la joven pareja sacudiera el cansancio del viaje, a que disfrutaran tranquilos la primera noche de sus vacaciones. Después de todo, sabe que Sofía y Sebastián no son los típicos turistas que vienen a revolotear por el pueblo como colibríes frenéticos. Esos que no tienen tiempo de relajarse y que se asoman el sábado para enseguida empacar la maleta de regreso a la ciudad el lunes por la mañana. Claro que eso no es su problema: ¿quién es ella para juzgar? Igual y es mejor contarles de una vez la historia. Es casi parte del paquete de bienvenida y tan propia del pueblo como la niebla espesa que cuelga de las montañas.

Había ocurrido durante una tarde lluviosa. Los padres de la chica alertaron al pueblo al darse cuenta de que ella, la mayor de sus hijas —esa que canturreaba melodías tristes mientras se ocupaba de los quehaceres en la granja—, no había vuelto a casa desde hacía varias horas. Armados con linternas, familiares y vecinos peinaron el área mientras repetían el nombre de la joven como una oración. Buscaron

por todos lados, hasta en esos en los que hubiesen preferido no encontrarla.

“¿Piensas que tuvo un accidente? O a lo mejor la secuestraron, ya sabes, la trata de personas y esas cosas”, observa Sofía. Acaba de sentarse junto a su esposo para disfrutar de la cena que Rocío ha preparado para ellos. “Nadie puede desaparecer así nada más...”.

Sebastián, pendiente de su teléfono, no parece escucharla. Ojos, dedos, todo su ser fundido en el aparato.

“No supimos nunca lo que le pasó”, continúa Rocío mientras abre una botella de vino. “La policía estatal no indagó mucho en el asunto. No me sorprende. Para ellos Monteblanco es apenas una pequeña mancha en el mapa”.

“¿Puedes creerlo?”, pregunta Sofía rozando el brazo de Sebastián con un tenedor.

Él levanta el rostro sin inmutarse. Sus ojos, una interrogante.

“¿Puedes creer que la policía no se molestó en buscar a esa pobre chica?”, insiste Sofía.

“¿Qué chica?”, pregunta Sebastián, dejando por fin el teléfono a un lado. Necesita las dos manos para acomodarse el pelo. Es un hombre atractivo, de esos conscientes de su belleza. Alrededor de su muñeca lleva una pulsera que cuenta sus pasos y las

horas que duerme. También sus latidos. La consulta a cada instante como un oráculo.

“¡La que desapareció! ¿No escuchaste a Rocío?”.

“Disculpa, amor”. Su voz melosa, su sonrisa: todo en él es demasiado perfecto. “Me distraje un poco, ¿de qué me perdí?”.

Sofía repite la historia sin omitir detalles. Rocío puede adivinar que a Sebastián solo le interesan las conversaciones que tienen que ver con Sebastián. Observa cómo se balancea en su asiento mientras hace su mejor intento para aparentar atención.

“Ya sabes lo que pienso”, dice por fin, “las cosas siempre son más simples de lo que parecen. A lo mejor la muchacha se hartó de este lugar y se escapó para comenzar una nueva vida”. Toma un sorbo de vino como ganando tiempo para pensar y enseguida apunta la copa hacia los ventanales de la sala. “Mira ese cielo inmenso, el valle casi fosforescente bajo la luna. Tanta naturaleza puede resultar abrumadora para algunas personas”.

“¿De verdad nunca la encontraron?”, pregunta Sofía.

“No. Técnicamente, no”, contesta Rocío.

“¿Cómo que *técnicamente no*? ¿La encontraron sí o no?”. Sebastián parece por fin interesado en la conversación y ahora no puede dejar de golpetear la mesa con los dedos.

“Nadie sabe con exactitud lo que le pasó”, explica Rocío, “pero eso no quiere decir que ella no siga en Monteblanco”.

“No entiendo”, dice Sofía. En sus ojos, lagunas azules se remecen.

“Se escuchan cosas”, continúa Rocío, y les cuenta que algunas personas del pueblo juran haberse topado con su espíritu en el bosque. Otras, en las calles del pueblo. Un susurro en el viento, una acompañante silenciosa en la oscuridad. Distintas formas, pero siempre una presencia memorable. Les cuenta también sobre aquella madrugada en la que despertó y se encontró con una sombra al pie de la ventana. “Me acurruqué bajo la manta y allí me quedé congelada del miedo hasta que amaneció. Cuando me atreví a mirar de nuevo hacia la ventana, ya no pude ver la sombra, pero sentí que seguía allí”. Les dice que, con el pasar de los días, se fue acostumbrado a la presencia. Ya no la asustaba.

“¿Eso quiere decir que hay un fantasma en el pueblo?”. La voz de Sebastián desborda arrogancia. “Qué emocionante. A ver si tenemos suerte y se nos aparece”.

A Rocío le sorprende que Sofía no responda a ese comentario, pero supone que está cansada. De cualquier manera, conviene acabar allí la

conversación. Se va haciendo tarde y necesita dejar la casa en orden.

A la mañana siguiente, don Gustavo llama para preguntar por sus invitados. Una formalidad. Sabe perfectamente que Rocío está cumpliendo con su trabajo. Nadie ha encontrado nunca una razón para quejarse. También sabe que ella podría arreglárselas si quisiera con la pensión de su marido y que si está ahí es porque no sabría qué hacer con el tiempo libre luego de una vida entera cuidando un hogar. Tuvo la oportunidad de ir la universidad, pero desde pequeña su sueño más grande había sido tener una familia.

Don Gustavo le cuenta que el padre de Sebastián es un viejo amigo, un hacendado con importantes conexiones e influencia sobre más de un gobierno. Su hijo es un actor de telenovelas bastante famoso —todo lo famoso que se puede ser en aquel país—. Si Rocío no fuera discreta como una tumba, medio pueblo tocaría la puerta pidiendo autógrafos y fotos. Tanto Sebastián como su padre son carismáticos. Poderosos. Mientras don Gustavo le cuenta sobre sus invitados, Rocío imagina al mundo como un coliseo gigantesco donde apenas un manojito de

personas alcanzan a ser iluminadas por las luces del escenario.

“Sofía es una gran pintora”, comenta don Gustavo. Rocío nota una emoción algo infantil en su voz. “Es muy conocida y pronto va a tener su propia exhibición en Nueva York”. Le dice también que por eso está en Monteblanco, buscando inspiración en las montañas para terminar las obras prometidas a la galería.

Rocío empieza a imaginar cuadros repletos de montañas. Mundos miniatura que quieren parecerse al mundo del otro lado de la ventana. Pero lo que don Gustavo se olvida de mencionar, o quizás no sabe, es que las pinturas de Sofía no son réplicas exactas de lo que ofrece la naturaleza. Las montañas y las praderas, los pájaros esparcidos por el cielo, las flores y los arroyos brillantes; todo tiene la apariencia de que alguien lo estuviera soñando, como si cada pétalo, cada nube, cada trozo de azul y montaña pudieran desaparecer en cualquier instante.

Rocío casi levita por la cocina para no hacer ruido. Duda que los sonidos lleguen hasta el segundo piso, pero se ha acostumbrado a ser una presencia invisible. Los amigos de don Gustavo viajan a Monteblanco seducidos por la promesa de silencio y tranquilidad. Ella se siente responsable de que eso se cumpla al pie de la letra.

La primera semana de la visita transcurre rápido. Sebastián pasa el tiempo entre el teléfono y su *laptop* controlando a la distancia sus asuntos en la ciudad. Sofía solo se dedica a pintar. Empieza tan pronto asoma el sol y, para cuando llega la noche, su ropa y sus manos se han convertido en un crisol de colores. Con frecuencia se salta el almuerzo, y si acaso se toma un breve descanso, es solo para dar un par de mordidas al sánduche que le prepara Rocío. Agradece y corre a seguir pintando.

El momento de la cena es siempre más tranquilo. El eco de los *chin chin* y de las risas ilumina el ambiente. Por lo general, Sofía invita a Rocío a que se siente a la mesa con ellos —le encanta indagar sobre su vida—. Le pregunta si ha vivido siempre en Monteblanco: “Toda la vida, y no me interesa vivir en ningún otro lugar”; si está casada: “Mi esposo murió hace algunos años”; con qué frecuencia aparece don Gustavo por Monteblanco: “Tres o cuatro veces al año; cada vez menos desde la tercera esposa”. Luego la pareja se retira a su habitación en el segundo piso donde un balcón les ofrece una generosa postal de montañas y niebla.

Rocío supone que se acuestan temprano porque, al llegar a la casona a las seis de la mañana, casi siempre se cruza con Sofía cuando sale a su caminata diaria. “Los colores del amanecer me inspiran”,

dice la muchacha. Sebastián, en cambio, encuentra su inspiración en el yoga. Rocío lo espía un par de veces: le hace gracia verlo parado de cabeza murmurando algo extraño, un cántico seco que repite como si intentara convencer a alguien. Le recuerda al murmullo eterno de las viejitas de la iglesia.

Cuando acaba la hora del yoga, Sebastián baja en busca de café. Se acomoda en medio de los almohadones del sofá con la taza humeante entre las manos y la mirada fija en algún punto distante de las montañas. Rocío interrumpe la limpieza y lo deja disfrutar en silencio. Recuerda las palabras de su madre: “Habla solo si te hablan a ti primero”. Y así es como sucede una mañana cuando oye la voz de Sebastián vibrar desde la sala. Se acerca enseguida para preguntar qué necesita. Pero lo que él quiere es hablar.

“Tu historia sobre esa muchacha que desapareció”, le dice sin dejar de mirar hacia las montañas. “Le he estado dando vueltas al asunto”.

A Rocío le extraña que él se acuerde de aquella conversación. Pero le sorprende todavía más su pregunta:

“¿Alguna vez se te ha aparecido su fantasma en esta casa?”.

“Bueno... se podría decir que sí”, le contesta pensando sus palabras cuidadosamente. “En realidad...”

yo no diría que es un fantasma. Tal vez... pienso que más bien se trata de una presencia”.

“Presencia, fantasma, es lo mismo”, dice Sebastián.

“No, no es lo mismo”.

“Explícame entonces la diferencia”.

La mirada de Rocío se enfoca también en el magnífico paisaje, en las sombras que se van esparciendo a través de las montañas. Le molesta tener que explicarle cosas a una persona que cree tener siempre la razón. Pero se acuerda de don Gustavo, respira y complace al invitado de Monteblanco. “La diferencia es que una presencia no se esfuma. No se aparece solo de vez en cuando. Permanece. Se queda con la persona. Como algo que se pega y que te acompaña siempre”.

“Como tú digas”, dice Sebastián con un dejo de sonrisa. “En cualquier caso, ¿dónde viste a la supuesta presencia?”.

“Arriba. Estaba arreglando el cuarto de invitados y sentí que alguien me miraba. Me volteé y vi su sombra al pie de la puerta. Pero esta vez no me asustó”.

“Rocío, dime algo... ¿tú crees en Dios?”.

La pregunta la toma desprevenida, sobre todo porque la voz de Sebastián ha adquirido una

gravedad extraña. Como si estuviera poseído por uno de los personajes de sus telenovelas.

“Ya sabes...”, continúa, “cielo, infierno, esas cosas”. Toma el último trago de café y coloca la taza sobre la mesa.

Las preguntas de Sebastián la ponen cada vez más incómoda. Pero entonces la siente. La presencia está a su lado. Se relaja, respira hondo y le dice a Sebastián que reza de vez en cuando, especialmente cuando tiene algún problema. Que va a misa todos los domingos, excepto cuando le toca atender a los huéspedes. Que a veces le cuesta entender el rol de Dios en las penas y miserias que plagan el mundo y que, en ciertas ocasiones, lo culpa. Otras veces lo compadece. Pero que sí, que al final del día cree en un ser superior que lo observa todo. Uno que tal vez la cuida.

“Pues yo no creo ni en Dios, ni en fantasmas, ni mucho menos en presencias”, dice él mientras chequea su pulserita y recobra su tono normal de voz. “Todo eso me parece pura tontería”.

Sebastián desvía su atención de la ventana y mira fijamente a Rocío. Ella puede ver que está preparándose para su discurso, una larga explicación de por qué él y solamente él es el dueño de la razón. Se resigna a la avalancha que está por caerle. A las palabras condescendientes. A los gestos arrogantes. No

es su primera vez en este ruedo y sabe que tampoco será la última.

Entonces oye el ruido de las llaves en la puerta. Sofía ha regresado justo a tiempo para rescatarla. Tal es el alivio de Rocío que quisiera abrazarla, darle un beso, pero se contenta con preguntarle qué se le antoja para el desayuno. El brillo en el rostro de Sofía le dice que la caminata fue un éxito. Va a ser un buen día.

A la mañana siguiente, antes de empezar su rutina en la casona, don Gustavo llama a preguntar por sus invitados. Le interesa saber cómo va el trabajo de Sofía y si Monteblanco la está inspirando. El reporte de Rocío es positivo y le cuenta cómo las imágenes parecen fluir directamente de la mano de Sofía al lienzo, como si alguien la estuviera guiando.

“Excelente noticia. Espero que las musas la sigan acompañando”, dice don Gustavo y Rocío se guarda las ganas de preguntar si las musas son siempre mujeres. Su cabeza está llena de dudas, pero prefiere no molestar. Sabe que probablemente va camino a una reunión y que el tráfico de la ciudad es un laberinto del que ni siquiera su auto deportivo

lo puede salvar. Tal vez algún día tendrá tiempo para sus preguntas. Está acostumbrada a esperar.

Después de la llamada, Rocío se queda con la mirada perdida a través de uno de los ventanales por un buen rato: el sol es apenas un garabato rojo en el horizonte. Un ligero soplido a sus espaldas la regresa al presente y corre a la cocina para empezar, sin muchas ganas, a cortar trozos de pera y manzana. Sebastián dice que ha ganado un par de libras y por eso ha pedido que le sirvan solo frutas y ensaladas durante el resto de la estadía. A Sofía, en cambio, le preparará su desayuno favorito: torrijas de maíz. Le encanta ver cómo se le ilumina el rostro siempre que las encuentra en la mesa.

Sebastián jamás se aparece por ese rincón de la casa. Sofía ha estado ya algunas veces acompañando a Rocío mientras prepara alguna de las comidas. “Qué hermosa cocina”, le comentó la primera vez. “Amplia y llena de luz. Nada que ver con la cocina de la casa en la que me crie. Lo que preparaban allí no tenía ni sabor ni color”. Con razón eligió a Sebastián, piensa Rocío, mordiéndose los labios para no unirse a las risitas de la presencia que las rodea. De repente, tiene la sensación de que el ambiente de la cocina se vuelve denso, como si todo el oxígeno hubiera escapado. Abre la ventana para que

circule el aire, pero, en lugar de alivio, lo que se filtra es la voz de Sebastián:

“Regreso pronto, amor, ten paciencia... Sí, te lo juro, solo unos días más... Claro que te extraño, pero ¿qué puedo hacer? Todavía no acaba sus dichas pinturas... Cuántas veces te he dicho que...”.

El plato de frutas se escurre de las manos de Rocío y estalla contra el piso. La voz de Sebastián se apaga y lo que se escucha enseguida son unos pasos apurados. Al vuelo, Rocío limpia el desastre y se pone a cortar más fruta.

“¿Todo bien?”, pregunta un agitado Sebastián desde el marco de la puerta.

“Sí, todo bien”, contesta Rocío, como si nada hubiera pasado. “Apenas regrese Sofía, les voy a servir el desayuno”.

Entonces los dos permanecen callados. Ella corta y fríe. Él observa. La presencia que los acompaña se alimenta del silencio.

Pasan los días y la bruma de Monteblando se espesa. Rocío nota que la luz entra de otra manera, como si las montañas que antes se recortaban limpias en el horizonte ahora se hubieran cerrado en torno a la casa, ocultando sus secretos.

Sebastián sigue con lo suyo: con su yoga, sus llamadas y sus conversaciones a media voz cuando Sofía no está cerca. Sin embargo, Rocío ha notado un nuevo hábito. Además del pelo, ahora se toca la nuca constantemente, como si le doliera. A veces se queda quieto, escuchando, inclinando apenas la cabeza, como si le acabaran de susurrar algo que no quiere oír. Enseguida actúa como si nada.

La noche anterior a su partida, Rocío lo escucha deambular por la casa. Las escaleras crujen bajo su peso hasta muy tarde. Después, solo silencio.

A la mañana siguiente, Rocío encuentra a Sofía en la cocina, preparando café como si llevara años viviendo allí. Sonríe, tranquila, con el cuerpo todavía agitado por la caminata.

“¿Dónde está Sebastián?”, pregunta Rocío, mientras sirve las torrijas de maíz en el plato de flores azules, el preferido de Sofía.

“Todavía duerme”, contesta ella sin mirarla. “Ayer dijo que se sentía muy cansado”.

Rocío quiere insistir, pero las palabras se le quedan atrapadas en la garganta. Hay algo en el tono de Sofía, una calma tan profunda y serena que no permite cuestionamientos.

A media mañana, Sofía sube a empacar. Rocío tiene el impulso de subir detrás de ella. Toca la puerta del cuarto, pero nadie contesta. Empuja

despacio. Dentro, las maletas reposan sobre la cama, abiertas. La ropa de Sofía doblada, sus pinceles cuidadosamente envueltos. Los lienzos, secos ya desde hace unos días, yacen apilados, prolijos, amortajados en sus envolturas.

El lado de Sebastián permanece intacto. Su ropa todavía cuelga en el armario, el reloj sobre la mesa de noche. Su teléfono boca abajo.

“Sofía... ¿dónde está Sebastián?”, pregunta Rocío cuando la encuentra junto al ventanal, contemplando la niebla que trepa sigilosa por la ladera.

“Se fue”, responde Sofía con una leve sonrisa, apenas un movimiento en los labios. En cambio, sus ojos... hay algo nuevo en ellos, como un goce frío.

“¿A dónde?”.

“No lo sé. Simplemente se levantó y se fue. Tal vez la presencia lo llamó y él la escuchó”.

Rocío tiene muchas preguntas, pero una brisa de viento helado se encarga de callarla. Allí está, la presencia, junto a ella, en complicidad.

Bajan juntas a la entrada. Sofía cierra las puertas tras de sí con movimientos suaves. Carga sus pinturas en el coche, y antes de subir al asiento del conductor, se vuelve hacia Rocío.

“Te prometo que volveré pronto”, le dice, y la niebla parece abrirse un instante para dejarla pasar.

Envuelta en el silencio de la tarde, Rocío observa el coche bajar por la colina, pasar los cedros, pasar los pinos. Lo mira hasta que se convierte en una mancha más del paisaje.

> Mitología lunar <

Mariana escucha la voz de la madre de la mujer enferma. Vibra como un trueno lejano. *Apresúrate, se nos acaba el tiempo*. Enseguida, desde la puerta, la voz sin gracia del marido de la mujer. *Listo. Por fin logré ensillarlo*. Ulises, el gran corcel gris, relincha y patea al pie de la ventana anticipando la cabalgata. El padre de la mujer enferma es el único que no se une a la conmoción. Mariana se fija en el rostro envejecido, en los surcos que se acentúan al mirar a la hija que yace en la cama.

Mariana intuye que el padre de la mujer no quiere que haga el viaje a caballo, que le preocupa la incertidumbre del camino. Por eso le dedica una sonrisa para mostrarle que no tiene miedo. Quisiera decir algo para tranquilizarlo, pero siente la lengua pesada y decide salir al galope sin dar explicaciones.

Aunque escucha gritos —tal vez incluso el llanto de un niño— no vacila y se pone en marcha. El camino se desdobra liso y recto entre los troncos de los pinos y la luna dibuja vetas en el suelo plateado. Mariana levanta un brazo y se impulsa desde los estribos para rozar las hojas de los árboles. Se deja caer sobre la montura y se ríe de ella misma. El viento

corre ágil, rozando sus oídos como cuchillas, agitando su pelo y la crin satinada de Ulises. Mariana siempre quiso volar, —el padre de la mujer enferma le había revelado hacía mucho tiempo la manera de hacer volar a un caballo— pero nunca se lo permitieron.

Sin embargo, esta noche es diferente. Esta noche, Mariana puede burlarse a gusto de las apariencias y del qué dirán. Esta noche ella es la dueña del camino y de su deseo de volar. Agradece en silencio a la mujer que yace en la cama porque, sin saberlo, le ha regalado una razón para aquella cabalgata. Confía en su propio cuerpo y en el de Ulises. Se entrega al viento. Ese que viene de una tierra suspendida en el tiempo. Ese que acaricia sauces, valles y riachuelos.

Ulises se desplaza como un caballo sin jinete, como una criatura mitológica con alas. No frena cuando el camino se curva y más bien se lanza hacia la oscuridad. Sus herraduras y las piedras blancas disparan chispas como luciérnagas. Mariana ríe segura de que aún podrán llegar hasta allí y volver a casa a tiempo. La mujer no morirá y Mariana habrá conseguido su cabalgata —libre, salvaje— como siempre había soñado.

Nunca había estado sola tan lejos de casa y se deleita en reconocerse intrépida. Valiente. No como aquella mujer enferma, recién casada la primavera

anterior, desdichada por la madre y su sentencia: *Así la gente no tendrá razones para hablar, necesitas un hombre que te lleve por el buen camino.* Por suerte aquellas palabras le resultan cada vez más lejanas.

Llegan al borde de un arroyo y Ulises se sumerge sin perder tiempo. Con sus enormes patas, levanta chorros que iluminan como escarcha la piel de su jinete. El arroyo es hondo y claro y el caballo gris lo cruza sin problema. Mariana acaricia su lomo y se concentra en las ondas espumantes que nacen y mueren en un respiro.

Luego de cruzar el arroyo y sacudirse el agua, Ulises trota colina arriba y una cascada de flores doradas los acaricia. Mariana piensa que más adelante le gustaría regresar a aquel lugar, caminar todo el día por el valle, disfrutar de las flores y llevar algunas a la casa de la enferma. Entonces recuerda que el marido de la mujer no es muy amigo de las flores.

Se topan con una cerca. Del otro lado, el pasto se extiende hacia el horizonte. La saltan y Mariana percibe un mundo ancho y acogedor, feliz de cabalgar a través de aquel campo y de ver a Ulises corretear contra su propia sombra. Vuelan y, por un instante, la cerca, los arbustos y el mundo entero quedan debajo de ellos. Todo se vuelve pequeño e insignificante.

El choque estridente de los cascos de Ulises contra el suelo la traen de regreso. Ríe una vez más, su cuerpo es uno con el animal, los dos trotando por el campo, ligeros como la espuma del arroyo. Mira hacia arriba: la luna se desplaza a través del cielo con el mismo espíritu temerario con el que ellos cruzan el campo. Piensa en la mujer que yace en la cama y aquella desdicha fortalece su propia felicidad. Siente que ama la luna y las nubes tenues que cuelgan del cielo más que cualquier otra noche. Ve un campo de maíz a un lado de la colina —la tierra recién arada resplandece con gotas de rocío ovaladas, perfectas, como perlas—. Esta noche le pertenece completamente. Una sola noche, sí, pero es toda suya.

Se encuentran con un bosque que se enreda y funde en un cerro alto. Tan alto que parece una montaña. Su cima se esconde en los pliegos de la escurridiza y titilante niebla. Mariana aprieta las riendas y se sumergen en el bosque. A su alrededor el viento canta desinhibido sin lamentarse. Sin arrepentirse. Gotas gruesas de rocío caen de las hojas y salpican su rostro y su pelo. Saltan más cercas y más troncos y atraviesan un claro que desemboca en cientos de árboles que se entrelazan con furia.

El caballo reduce la marcha y, sobre el palpitar lento de los cascos, Mariana escucha el rugido del río. Tiembla en anticipación voraz, impaciente por

iniciar la batalla contra aquellas aguas rápidas. Las imagina enroscándose negras y brillantes como cascabeles. Las gotas de rocío siguen hincándole el rostro, cada vez más infladas, cada vez más dañinas. Intenta esquivarlas mientras sus ojos buscan el resto del camino. La oscuridad amenaza con engullirlos y le preocupa estar perdida. Entonces cierra los ojos y lo percibe más agitado y más hermoso de lo que imaginaba. El río los llama, los guía. En aquel último sendero, la tierra es suave como una almohada y las patas de Ulises se hunden sigilosas en ella. El rugido de las aguas al chocar con las piedras es cada vez más alto, más intenso, como un grito. Varios gritos. Llanto.

Entonces Mariana los ve. La madre, con un vaso de agua en la mano, mirándola como se mira algo que nunca estuvo allí. El padre, los surcos cada vez más hondos en el rostro. El marido con los zapatos manchados de lodo y sus pantalones arrastrando el hilván que la mujer olvidó remendar. La cara pálida, tensa. El cuerpo estático, como si tuviera miedo de cruzar el marco de la puerta. Mariana prefiere no mirarlo. Él siempre tan dramático. No va a permitir que le arruine la dicha de su cabalgata perfecta.

Mira hacia abajo y ve una mano pequeña, incolora. Como una hoja seca. El rocío corre a través de aquella mano —las gotas manchadas de una luz

amarilla que ya no proviene de la luna—. Mueve despacio los ojos y se encuentra con el montículo acurrucado de una colcha verde. Su mirada, cada vez más pesada, se aparta del cerro y recae sobre unos botones iridiscentes y ovalados. Aquellos botones que parecen perlas la inquietan. Tal vez le recuerdan a unos que cosió en un vestido alguna vez, pero el ruido incesante de la lluvia sobre el tejado no la deja pensar bien. Tampoco el relincho impaciente de Ulises ni el eco de los cascos besando el suelo ni las tablas del piso gruñendo bajo los pasos nerviosos. Quiere ver quién está caminando por la habitación con tanta ansiedad, pero no puede levantar los ojos. Es demasiado trabajo. Oye el quejido leve de la madre, casi un susurro: *Nos demoramos demasiado en decidir, ahora ya es tarde*. Entonces la voz rendida del padre: *Era una cabalgata imposible. Nadie podría haber cruzado las aguas bravas del río*.

Mariana sabe que el padre se equivoca y le molesta estar en aquel lugar sin hacer nada. Se agita al pensar que, a lo mejor, el camino ha decidido esconderse de ella otra vez, hasta que por fin logra mirar de nuevo hacia la cima y se da cuenta con alivio de que el camino todavía está allí, esperándola entre el fuego blanco de la neblina. De pronto escucha al marido gritar el nombre de la mujer y a un niño llorar desde la otra habitación.

Las gotas siguen golpeando la mano que parece hoja y el hombre reposa la cabeza sobre las perlas del vestido. A Mariana se le ocurre que quizá fue él quien robó sus botones para regalárselos a la pobre mujer enferma. Quisiera decirle que se los puede quedar; allá afuera la noche le ofrece cosas mucho más hermosas. Entonces recuerda que lleva prisa. La conversación tendrá que esperar.

Mientras empieza a alejarse para continuar la cabalgata, escucha al hombre gritar de nuevo el nombre de la mujer y no puede evitar sentir una gran lástima por él. Pero no hay nada que ella pueda hacer. Con el pulso del río recorriendo su cuerpo, Mariana abraza a Ulises y cierra los ojos por un momento antes de echarse a volar.

> Canto de las hadas <

Mi hermana reza a un globo de nieve antes de acostarse. Una noche, cuando se da cuenta de que la estoy espiando en su extraño ritual, me dice que ni se me ocurra acercarme, que es mala suerte. Por supuesto que no le creo y la sigo espiando siempre que puedo. Miro casi hipnotizada la manera en que extiende su mano sobre el cristal, acariciando la esfera como si pidiera un deseo. Enseguida la escarcha brillante se agita: el poder de una tormenta de invierno contenido en aquel iglú de cristal. Los destellos flotan hacia la punta de sus dedos y lo único que puedo pensar es que necesito poseer esos relámpagos diminutos. Descubro que mi hermana recibió aquel globo de nieve como regalo de despedida de mi madre antes de morir. A mí, en cambio, solo me dejó un abrazo que apenas puedo recordar.

Una madrugada no me puedo contener y entro a la habitación de mi hermana. El globo brilla a la luz de las velas y, deseando encontrarme en su reflejo, lo sujeto con todas mis fuerzas. Sin embargo, el globo no brilla para mí como lo hace con mi hermana. No hay escarchas, tan solo un adorno muerto. Sigo

intentando despertarlo hasta que llego a la conclusión de que aquel mundo me odia.

Por la mañana le pregunto a mi padre si algún día yo también recibiré un globo de nieve. Anhele un mundo perfecto en el que pueda acurrucarme. Él solo dice que soy muy joven para preocuparme por esas cosas. Se levanta de la mesa sin mirarme y se marcha a trabajar y entonces sé que solo tengo una opción.

Esa noche, los rizos de mi hermana serpentean como olas mientras canta bajito en un lenguaje que no puedo entender. Dos horas después el globo está a mi alcance, pero se resiste a abandonar su lugar en la mesita de noche. Sigo forcejeando hasta que los dedos pálidos de mi hermana se extienden a través de su pequeño mundo y es ella quien lo atrapa.

“No tienes idea de lo que esto”, me dice mientras me empuja contra la pared. “No es justo”, grito entre lágrimas y entonces ella acerca la esfera a mi rostro. Al principio solo puedo ver la escacha agitada, pero poco a poco, a través de los remolinos, van apareciendo cientos de mujeres. Todas se mueven de un lado a otro como poseídas. No dejan de moverse hasta que sus cuerpos colapsan exhaustos. Mi hermana regresa la diminuta prisión a su lugar y me obliga a prometer que no volveré a tocar el globo. Le regalo la mentira que quiere escuchar.

Al día siguiente, ella y mi padre salen temprano al mercado. Tan pronto los veo perderse, tomo la piedra más grande que encuentro en el jardín y la lanzo contra el globo de nieve. Creo escuchar los gritos de las mujeres, aunque no las alcanzo a ver entre los escombros. Espero encontrar a mi madre y a mi abuela en algún rincón, pero todo lo que queda son partículas húmedas que empiezan a filtrarse por la madera del piso. Entonces entro en pánico imaginando lo que va a pasar cuando mi padre y mi hermana se enteren. Pero pasan las horas y ellos no regresan. Las sombras silenciosas se van extendiendo por toda la casa y cada vez tengo más frío, más hambre. A mi alrededor, tan solo las ruinas de un mundo que nunca fue mío.

> Efecto Deméter <

Que el bus no va a parar de moverse es lo único que Mariana sabe con certeza. Desde afuera, una legión de árboles no para de dar golpecitos en las ventanas, empecinados por llamar la atención del chofer. Eventualmente logran entrar a través de toda grieta que encuentran: ráfagas doradas que se escurren rama a rama.

La anciana que viaja en el asiento de al lado sonríe a Mariana y le ofrece un vaso plástico desde el cual asoma un líquido espeso. “Disculpe”, dice Mariana con voz temblorosa. “¿Es esto normal? Quiero decir: ¿los árboles son siempre así de agresivos?” Luego de forzarla a que acepte la bebida, la mujer le dice que no se preocupe, que tiene que ver con el cambio de estaciones.

Pero Mariana no está segura e insiste: “¿No deberíamos avisar al chofer?”. La anciana continúa sonriendo y ya no vuelve a decir nada. Mariana siente un rasguño en la espalda y al voltear se encuentra con un brote amarillo que se alza desde el magullado asiento de cuero. Una rama se apoya en su hombro susurrándole un crujido. Mariana busca

ansiosa la siguiente parada, pero solo alcanza a ver un mar de árboles abriéndose como rayos de sol. Todos la llaman. Todos le piden algo.

› **Ciclo lunar** ‹

Evitas hablar con tu madre acerca de la sangre y, sin embargo, ella se da cuenta de que ya no le perteneces. Te obliga a escucharla. Te advierte que el ritual sagrado es solo una parte de la historia, que existen dos tipos de sangre: una que mata y otra que da vida.

“¿Cómo sé cuál es la que habita en mí?”, preguntas.

Tu madre apunta hacia el cielo. Nunca has visto la luna tan cerca y te sorprende descubrirla maltratada, su rostro cubierto de cicatrices. Tu madre también la mira y puedes ver en sus ojos el otro lado de la historia. No sabes nada acerca del mito que es tu padre, pero las leyendas de tu madre hilvanan tus vestidos. Provienes de un linaje de mujeres obedientes. Es tu turno preservarlo.

Tienes tantas ganas de preguntar si las heridas ocultas se transforman en monstruos, pero la luna solo te devuelve el silencio.

> Elegía <

Recibo una carta por la mañana: me dice que el hombre que amo está muerto. Que ha sido pisoteado por elefantes blancos. No lo he visto en años, pero pienso en él cada vez que hago la cama, cada vez que pongo la mesa. Pienso en lo perfectos que hubiéramos sido juntos. Podríamos haberlo tenido todo.

Cuando llego a su casa con una botella de anís para presentarle mis respetos, lo encuentro en la ventana, mirando la hilera de colinas. No está muerto en absoluto. Tampoco muestra signos de haber sido pisoteado. Su ropa se encuentra perfectamente almidonada y planchada.

Llamo a la puerta y él la abre.

“No estás muerto”, le digo.

“¿Quién eres tú?”, me dice.

“¿A qué te refieres?”, le digo. “Sabes muy bien quien soy yo”.

Pero sus ojos me miran entrecerrados, como si yo fuera microscópica.

“¿No te pisotearon los elefantes blancos?”, le pregunto.

“No”, dice él. “Ni siquiera hay elefantes en este lugar”.

Cuando me marchó, aprieto la botella de anís y pienso en todos los diferentes tipos de muerte. Lo perfectamente sencillas que son. Ojalá el hombre que amo hubiera muerto tal como decía la carta. Habría más verdad en ese tipo de relación y entonces sí que podría gritar, beberme la botella entera. Sonreír. Decir que no me pasa nada, que me sigo sintiendo muy bien.

De las cenizas me levanto

*No hace falta que te diga la moraleja de
esta historia.*

Creo que ya sabes cuál es

Carmen María Machado
“El punto del marido”



> Libro de horas <

Ellos siempre decían: *Deja que la luz del Señor brille a través de ti*, pero cuando la niña lo hizo, no pudieron soportarlo. Tendrías que haber visto el alboroto que hicieron. Un exorcismo cada vez que el reloj marcaba las horas canónicas.

Todos la odiaban. Detestaban ver su mirada altiva, el orgullo que parecía causarle sobresalir en los rincones oscuros. Su madre la sacaba al porche por la noche y la niña brillaba más que las farolas de la calle. Las polillas migraban desde todas partes solo para besarla. En su fiesta de cumpleaños tuvieron que cubrirla con un mantel. Les dolía mirarla directamente.

Era tan brillante que, cuando sostenían un libro frente a su cara, se podían ver todas las páginas a la vez. Entonces intentaban leer el libro de esa manera y se enojaban con la niña cuando no lo lograban. Si hubieras colocado tu mano sobre su mano, podrías haber visto cada uno de tus músculos, venas y huesos. Podrías haber leído tu vida de esa manera y te habrías asustado.

Por eso intentaron sumergirla en el río a medianoche, frotando su piel con carbón, encerrándola

en una habitación sin luz durante horas, pero la niña continuó brillando a pesar de todo y de todos hasta que, una mañana, ella misma se apagó por su propia cuenta sin dar explicaciones. Jamás nadie se atrevió a pedir las.

› Canto I ‹

Debí llevar un diario, coleccionar pruebas, pero tan solo queda un cuerpo: mi cuerpo. El cuerpo que envía una nota. *Paga el rescate*, me dice, *volvamos a casa*.

> Señorita Lázaro <

La niña juega a morir durante el día. Muere sobre el sofá, sobre el suelo. Nueve oportunidades para morir. Una niña muerta entre hojas secas. Quiere que la miren, pero a la gente solo le interesa llegar a la puerta. Pasan por los lados, saltan sobre ella. El musgo se extiende y la niña contiene la respiración. Su cuerpo empieza a descomponerse.

> **Canto II** <

La gente quiere leer que fui víctima de malas decisiones. La gente quiere justificar el dolor. Mi historia siempre es lo de menos.

> Elogio a la niña virtuosa <

La niña prepara un banquete, invita a las figuras de porcelana de la casa y celebra con la vajilla de las ocasiones especiales. [La niña no teme a la madre]. Como buena anfitriona, ofrece los cigarros importados y las mejores botellas de licor. También los silencios agazapados en las sombras. [La niña tampoco teme al padre]. Se ríe con una risa que incomoda, risa que retumba, ignora los quehaceres y a la abuela que advierte de peligros ociosos. [La niña no teme al diablo]. Come con las manos, con los codos en la mesa, le divierten las muecas de las monjas. [La niña ni siquiera teme a Dios]. Da vueltas sobre el césped y contempla el cielo: una bandada de nubes negras acecha. [La niña jamás ha temido a las tormentas]. Un rayo golpea la tierra.

Señorita Lázaro

› Canto III ‹

*Soy sangre y fragmentos. Víctima, zorra, da
igual. En sus ojos, el flash. En mi boca, la tierra.*

> Seducción <

En el patio, la niña toma impulso para columpiarse más y más alto. No precisamente para llegar al cielo, sino para patear al niño que se ríe de ella en clase. Mientras alcanza la altura precisa, el niño gira y le sonrío con su boca torcida. La niña cambia de opinión e intenta frenar el columpio; las cadenas muerden la piel entre sus dedos, pero ella no se rinde. El niño se acerca a tomar su mano. La niña le ofrece su sangre.

› Canto IV ‹

En otra vida: me caso, soy maestra, paro hijos, duermo segura y mis sueños son ordinarios. En esta vida: mi cuerpo es sacrificio. He dejado de contar las veces que he muerto.

> Manual de comportamiento <

La niña disecciona vegetales y propone teoremas. Recita la tabla periódica en la ducha y trabaja en una cura para la timidez. Transcribe cada adiós y lo traduce a numerales. Cuando le rompen el corazón sabe que ese término no es preciso. La niña calcula la vida media del daño. Mide los recuerdos y entiende que un cuerpo sumergido solo tiene dos opciones: hundirse o salir a flote.

> **Canto V** <

Sé buena, decía mamá. Sé dulce. Usa un labial discreto. Sonríe. Si no eres buena, dirán que te lo buscaste, que fuiste demasiado dulce, que usaste un labial muy rojo. Que sonreíste en el momento equivocado.

> Urbanidad <

La niña se planta en medio de la calle con un pie pisando la línea blanca. Bocinas e insultos ordenan que se mueva, la lluvia también. Charcos negros se extienden a su alrededor. Dos policías se acercan: ellos grandes y ella pequeña, algo les dice que no podrán moverla. Llegan los padres: voces suplicantes al inicio, luego severas. El tráfico circula incómodo a su alrededor. Por la mañana todos regresan y aparece un sacerdote con agua bendita. Cuando empapan su rostro, la niña ni siquiera parpadea.

> Canto VI <

Les gusta imaginar cuánto tardó la muerte, el momento exacto en que dijo mi nombre. Los vivos se obsesionan con los detalles. No soportan los finales ambiguos.

> Buenas costumbres <

La niña llega a la misa luego del sermón. No ha probado nunca la ensalada y memoriza solo el último número de la combinación de su casillero. Se salta el dolor y da *fast forward* a las lágrimas. Nunca lee los primeros capítulos.

> **Canto VII** <

Cuando las mujeres se cuentan sus historias, el polvo de los candelabros antiguos se levanta. Las granjas abandonadas desafían creencias y rituales. Desde una ventana que contempla el mar, una flor y una taza de estrellas dan aliento a las abejas. A los sueños. Cuando las mujeres se cuentan sus historias, el velo gris que cubre el mundo se disuelve revelando fronteras desmembradas. Llamas inquietas se reconocen. Cantan.

> Devocionario <

Luego de que le arrancan los ojos y cosen sus párpados, la niña siente que algo se retuerce bajo la piel. Es solo un reflejo, dice la gente, pero el padre no permite que se siente a la mesa: le aterra imaginar lo que habita allí dentro. Aunque la madre entierra los párpados de la niña bajo compresas, una noche las suturas empiezan a arder. Los hilos se deshacen en agua escarchada que fluye hacia el lugar antiguo donde se esconde la serpiente. Cuando escucha a la reptil deslizarse, la niña la aplasta con toda su fuerza, palpa la cabeza-diamante y trasplanta los ojos amarillos a sus cuencas vacías.

Mañana el pueblo se persignará, pero nadie sabrá jamás lo que la niña puede ver.



El jurado de la I Convocatoria para Publicaciones Mary Corylé 2024 de la Dirección de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAE —conformado por Andrea Crespo, Abril Altamirano y Guillermo Gomezjurado— seleccionó, entre veintisiete propuestas, el manuscrito *Señorita Lázaro* por ser “una galería con piezas pequeñas que componen escenas que punzan entre la violencia y la alegría, con un sentido melódico”.





Colección
Mary Corylé



Lázaro de Betania es el resucitado, aquel personaje bíblico que retorna de la muerte sin grandes estruendos. Lo hace discreto y sereno, como si hubiera caído en un sueño y despierta a su rutina. De esta forma, sutil y trémula, *Señorita Lázaro* articula, con la fuerza de la suavidad, un libro/universo. Una caja de resonancia con imágenes inusitadas por la leve ferocidad. Un libro que dialoga con la melancolía y la furia quieta de Sylvia Plath.

Estamos ante un poemario/galería ensamblado con piezas que componen imágenes: un trayecto que punza entre la violencia, la alegría y un sentido melódico. Sin dudas, Melanie Márquez Adams nos ofrece una prosa poética, aterciopelada y sistemática, que deja al lector en un estado de ensueño. Un ensueño que es retorno, al igual que la resurrección.

Andrea Crespo Granda